





ANTONIO GIL nació en la viña El Rincón, a orillas de Santiago, en 1954. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Los lugares habidos* (1982), *Cancha rayada* (1985) y *Mocha Dick* (2006). Escribe semanalmente en algunos medios de prensa chilenos.

Su obra novelística comenzó con *Hijo de mí* (1994), *Cosa mentale* (1996) y *Mezquina memoria* (1999), reunidos en el volumen *Tres pasos en la oscuridad* (2009) de la Reserva de narrativa chilena de Sangría Editora, y luego siguió con *Las playas del otro mundo* (2004), *Cielo de serpientes* (2008), *Carne y Jacintos* (Sangría, 2010), además de *Retrato del diablo* (Sangría, 2012) y *Apache* (Sangría, 2014). También ha publicado los cuentos *Circo de pulgas* (2003) y *Cabo frío* (2014, en la serie Instantánea relación de Sangría).



MISA DE BATALLA

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 15

ANTONIO GIL

MISA DE BATALLA



SANGRÍA

© Antonio Gil Íñiguez
ISBN: 978-956-8681-43-2

© Derechos reservados para esta edición y RPI:
2015, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica Ríos y Martín Centeno.
Diagramó el libro Carlos Labbé.
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en noviembre de 2015 en Imprenta Dimacofi, Santiago de Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Primer movimiento.....	13
Hyattsville.....	17
El príncipe rojo.....	23
Un esclarecido.....	28
El gambito de Atahualpa.....	29
La copia imposible.....	40
Del mismo barro.....	42
El taller del bebedor de ajeno.....	47
<i>Diario Oficial</i> del	
viernes 28 de julio de 1882.....	53
Un difunto madrugador.....	54
Manos sucias.....	56
Fantasmas.....	59
Middle Creek.....	63
La carne se desprende del hueso.....	65
Kilcavalry.....	66
Fiebres.....	69
Brillos y transparencias.....	70
Aguada.....	71
La leñera.....	72
Viridia.....	74
Perros.....	75

Segundo movimiento.....	77
Cazadores en la nieve.....	79
Ginké.....	82
El tatuador de cabezas.....	84
Alicanto.....	85
Miraflores.....	89
El tatuador de cabezas.....	90
Pepsi Cola.....	92
Madame La Mort.....	94
Frente al mar.....	98
El distrito del diablo.....	99
Los muertos avanzaron como niebla.....	101
Hijos de la Viuda.....	102
Bonus Miles Christi Iesu.....	103
La carta de Mendoza.....	105
El poema.....	107
El que habla.....	108
Telegrama.....	109
Hospital de campaña.....	110
Necro.....	111
Sic.....	113
Amén.....	116
Polvo al polvo.....	117
Misa de batalla.....	121
Historias de ninguna parte.....	122
Ouija.....	124
Rosa de bengala.....	125

Tercer movimiento.....	129
El Gran Lago Salado.....	131
Prensa asalariada.....	134
Mahjong en el Amazonas.....	136
Charol.....	138
El Dios de los ejércitos.....	140
Sales de plata.....	144
Botas de papel.....	147
Llegad, venid.....	151



A mis nietos Vicente y Marcel



Primer movimiento



Hyattsville

*El reloj ha corrido, el caballo
ha corrido: ¿cuál ha medido a cuál?*

Cormac McCarthy

Los días abochornados son como las manzanas harinosas, pensó Clavero mientras la berlina tirada por un zaino trepó crujiendo la colina hasta detenerse frente a la casona blanca del reverendo August W. Merton, un templete de dos pisos con vista al pueblo de Hyattsville, en el condado de Prince George, estado de Maryland. Las ramas rojas de las hayas rasguñaban los tejados mientras rebaños de nubes grises se apiñaban en el cielo.

El graznar de los cuervos acompañó al hombre que bajó del carruaje subiéndose el cuello del gabán de terciopelo. El brillo del sol era una luz lechosa que no deslumbra —como diría Lafcadio Hearn—, sorprendentemente clara, pero muy suave. Esa atmósfera en extremo vieja y hecha de espíritu contenía trillones de trillones de generaciones de almas mezcladas en una sola translucidez inmensa, almas de personas que no pensaban de forma parecida a la nuestra. Cualquiera sea el ser

mortal que respira esa atmósfera, recibe en su plasma la emoción de estos espíritus que cambian el sentido dentro suyo, remodelando las nociones de espacio y tiempo que tenga, de manera que sólo puede ver como ellos veían, sentir como ellos sentían, y pensar en lo que ellos pensaban.

Así comienza este relato sepia, oliendo todavía a la madera del baúl donde lo hemos encontrado, entre objetos de gomas lacas, dammar y sandáraca; sustancias que, debemos confesar, nos son por completo desconocidas. Merton le dedicó al recién llegado una mirada fosforescente cuando, apoyándose con dificultad en su bastón de ébano, salió a recibirlo en el porche.

—¿De donde venís? —preguntó el predicador bautista, acercándose con cautela a la barandilla. Su aliento olía a Jim Beam.

—De la Logia de San Juan —respondió la manida contraseña el recién llegado, de mala gana y entre dientes.

Ambos se estrecharon las manos con la consabida presión de reconocimiento mediante la uña del pulgar. La mano de Merton era sarmentosa y artrítica. La otra, más bien blanda. En la voz de Merton sonaba un Norte asordinado, mientras que en la de su visitante había —si alguien lo pudiera reconocer— el susurro tirante del inglés criollo que se habla en las Bahamas. O quizá se tratara de ese algo tartajoso que se farfulla en algunos

países de la América española, ese algo que enseñan los profesores borrachos.

Entraron sin decir palabra a un salón oscuro con las cortinas echadas. Se trataba de una sala en la que sólo parpadeaba, como los búhos, una lámpara de cobre sobre la cubierta de un escritorio de roble atestado de papeles y plumas y libros y mapas y tinteros dorados en forma de águilas a punto de emprender el vuelo, y un busto de mármol que representaba a Albert Pike, creador del grado 33 en la masonería del Rito Escocés Antiguo y Aceptado —muerto hace poco—, o que se le parecía mucho. Había además pisapapeles de cristal con magnolias y violetas en su interior, y abrecartas de marfil, y caprichosas cachimbas de espuma de mar, y un reloj de arena de aquellos que se usan para medir un tiempo sigiloso y blanco que no existe más que dentro de su ampollita de vidrio. También varios *toi moko*, esas cabezas tatuadas y momificadas que son un tributo póstumo al guerrero maorí mas prestigioso, las cuales en su origen formaban parte de una práctica ritual que la codicia y la curiosidad morbosa de los viajeros y coleccionistas europeos convirtió en un objeto de comercio. Entre sextantes y malletes, coronaba el salón un gato montés disecado y, al centro, el Libro de la Ley Sagrada, abierto en Juan.

Merton invitó a su visitante a tomar asiento, no sin antes cerrar sigilosamente la pesada puerta de dos hojas.

—Para nuestros efectos llamaremos al hombre Charles J. Guiteau —dijo el reverendo en voz bajísima y siseante. Ha solicitado al presidente Garfield la embajada en Viena sin recibir respuesta. Ha escrito luego notas pidiendo un destino consular en París, cosa que tampoco ha tenido eco alguno en Washington. Es más: le han mandado decir que no insista, que no quieren oír su nombre nunca más en la vida. Sabemos que acecha al presidente día y noche, y que no le queda un dólar en la cartera. Este hombre perturbado se interesó en la política no hace mucho, luego de andar perdido en un grupo de fanáticos religiosos que practicaban el amor libre en Oneida. Es el brazo perfecto.

El reverendo Merton dejó de hablar, bajando la cabeza mientras el del gabán de terciopelo depositaba sobre la cubierta de roble un pagaré del Morgan Chase por una cifra que no alcanzamos a leer y un revolver British Bulldog, arma reconocida tanto por su desaliño como por su comprobada eficacia a corta distancia.

—¿Conoces la puta teoría del destino manifiesto? —preguntó con voz ácida el viejo, al despedirse desde la puerta.

—Sí. Pero no creo en la predestinación —contestó el del gabán de terciopelo subiendo al coche—. Prefiero lo que podríamos llamar algo así como la voluntad activa.

Estas escenas se nos van sucediendo en una viscosa semipenumbra. Pero así se quedarán: mal cocidas, para

evitar el peligro de precisiones innecesarias y comprometedoras claridades. Pero el fondo es inamovible: el presidente de Estados Unidos está empeñado en que Chile restituya los territorios conquistados al Perú, a cambio de una importante suma desde las arcas norteamericanas; la evidente presencia imperial británica causaba cólicos a Garfield y sus cercanos. Con el resto del panorama propuesto puedes hacer lo que te venga en gana. De fondo pon, si estás de acuerdo, un pinar recortado contra un crepúsculo de similar. Está bien. Si no parece adecuadamente convincente lo intentaremos todo de otra forma.

Montando una mula como arrancada del infierno, Diógenes Sanabria, conocido también como Clavero el Sonámbulo, remonta dormido el montículo boscoso cargando algo que si queremos puede ser un oboe. Detrás de una ventana de guillotina, entre perfume de papel de Armenia y apoyado en un bastón hecho con el hueso de una pierna humana, el viejo predicador lo mira venir desde lejos, con ese gesto apacible de los caníbales, aquella placidez ahíta de los antropófagos bíblicos. Hay manchones de nieve por aquí y por allá.

–Kie vi estas? Demandis la Baptisto predikisto singarde alproksimiĝis al la balastrado –se escucha entre el ventarrón.

–Por la Lodge of SST John dirás la alia –responden en un esperanto nasal que se lleva la ventisca.

Desde los confines resuenan los lamentos de un temerión, aullidos de lobos electrónicos por las estribaciones de los Urales americanos. Ronquidos indescifrables, ululares mecánicos entre los bosquecillos. Rebaños tumbados por la epizootia.

El príncipe rojo

Lima, octubre 13 de 1882

Después de la visita hecha a los depósitos donde se guardan los objetos que fueron sacados del Palacio de la Exposición, he resuelto enviar a Chile las obras de arte que puedan ser empleadas en ornamentación de paseos, jardines, parques, etcétera.

En consecuencia, Usted procederá a ordenar, embalar las estatuas, figuras de fierro o mármol y otros objetos que se hallen en buen estado de conservación y sirvan para el fin que dejo indicado.

Convendría que el embalaje se hiciera a la mayor brevedad, a fin de aprovechar la posibilidad de enviar los cajones por alguno de los transportes próximos a salir.

Usted cuidará de formar un inventario de lo que se va a remitir a Chile y enviarme copia de él.

Dios guarde a Usted.

Patricio Lynch

Terminada su desabrida misiva, El General en Jefe del Ejército en Ocupación, El Vicealmirante de la Armada y El Mejor Virrey del Perú, como se lo ha llamado, abandonó la pluma en el tintero, levantó los ojos hacia la ventana, y echó a volar la mirada más allá, por ese cielo terroso de Lima. Del aire al aire como una red vacía, diría más tarde alguno. O más bien como una red ya vaciada de su inmensa cosecha, una cornucopia pletórica de imágenes y visiones portentosas. Luego bajó con molestia los acerados ojos a la carta que le enviara el embajador norteamericano en Lima, el general Hurlbut, donde se leía:

Estados Unidos reconoce todos los derechos que adquiere un conquistador bajo el imperio de los principios que rigen la guerra civilizada, aunque no la guerra con el propósito de engrandecimiento territorial ni tampoco el desmembrar violentamente una Nación, a no ser como último recurso y en circunstancias extremas. Estados Unidos lamentaría profundamente que Chile cambiase su curso, que se viese llevado por una carrera de conquista, porque el espíritu militar y agresivo se opondrá, a nuestro juicio, a su progreso genuino, excitará animosidades peligrosas y acumulará en su contra muchos

elementos. Somos, en consecuencia, de opinión de que el acto de captura de territorio peruano y la anexión del mismo a Chile, ya sea que se haga por fuerzas superiores o ya sea que se imponga como una condición imperativa para la cesación de hostilidades, se halla en contradicción manifiesta con las declaraciones que previamente ha hecho Chile acerca de semejantes propósitos, y que con justicia serán vistas por las otras naciones como una prueba de que Chile ha entrado por el camino de la agresión y la conquista con la mira en el engrandecimiento territorial.

Con un gesto de molestia similar a los que inspira la dispepsia, el príncipe rojo ocultó la misiva entre las carpetas y legajos que se apilaban sobre su escritorio, y volvió a perder los ojos en ese cielo de arena que pesa sobre Lima como una vieja mortaja. La carta quedó entre las páginas de un diario de guerra escrito con la letra apretada de Lynch, donde se lee:

Acababa de pasar en el interior la estación de las lluvias y nevazones. Seguro de no sufrir pérdidas de vidas por la inclemencia del tiempo, como en igual época del año anterior, determiné enviar una nueva división expedicionaria contra Cáceres, con el plan

fijo e invariable de perseguirlo hasta donde fuere necesario, de pueblo en pueblo y de escondite en escondite, atravesando ríos, llanuras y cordilleras, sin ocupar ningún punto sino transitoriamente.

La destrucción de ese caudillo era indispensable para facilitar las negociaciones de paz, consolidar el gobierno del general Iglesias y concluir con las esperanzas de los ilusos, que siempre estaban aguardando imposibles victorias. Se puso de pie Lynch, abrió una caja fuerte fabricada por Cuervo y Sobrinos y hurgó entre medallas, lingotes y dagas, entre dentaduras postizas, chucherías orientales y grabados obscenos, hasta dar con un frasco ambarino que guardó en el bolsillo interior de la guerrera. Una mueca se le dibujó en el rostro al pensar que *líquido* y *liquidar* tenían una curiosa semejanza, seguramente una raíz etimológica común; un parentesco que se le antojó providencial en ese momento enrevesado, el mismo que había que desanudar a la brevedad.

El cielo de Lima enrojeció en tonos de ladrillo quemado. Lynch encendió un habano, tendiéndose en una tumbona de seda estampada de dragones. Estaba pálido y, para sus adentros, recordó una lectura reciente donde Friedrich Ratzel afirmaba, con justa razón, que sólo cuando la sociedad se organiza para defender su territorio éste se convierte en Estado. Y el antiguo Perú

era ahora territorio chileno, le gustara o no le gustara al presidente Garfield, al santo Papa o a la mismísima ramera de Babilonia y sus alrededores.

Un esclarecido

Siete días más tarde, y a solo cuatro meses de haber asumido el gobierno de los Estados Unidos, el presidente James Garfield fue herido a balazos en la estación de ferrocarril de Baltimore y Potomac, cuando se apres-
taba a abordar un tren acompañado de James Blaine y un detective. El asesino, quien fue identificado como Charles J. Guiteau, se acercó con cautela. Ubicándose detrás suyo y en ángulo derecho, disparó dos certeros balazos.

Al ser reducido, Guiteau declaró: «Disparé sobre él como una necesidad política bajo inspiración divina». Se le declaró sicópata y fue condenado a ser colgado por el cuello en la horca hasta morir.

El gambito de Atahualpa

Estamos ahora en el corazón mismo del reino del plagio, de la copia. De lleno en el salón de baile de un palacio donde ya se ha consumado la tarde, con una última luminosidad extraña. No nos llamemos a equívocos. Trucos, engaños, retruécanos y muchas, pero muchas mentiras, danzan aquí como antiguos fantasmas borrachos de su propia y descarada falsedad. He aquí un lugar por donde se debe transitar, pues, inadvertido lector, con extremo sigilo. O simplemente dejarse llevar, sonriendo, por estas estancias apestadas. A fin de cuentas, de algo hay que morir.

Allí el viejo bebedor de ajenjo levanta una mirada turbia hacia la inmensa tela cuadriculada que cuelga de la pared, junto al gigantesco cuadro que le han encargado copiar. Estamos naturalmente en Santiago de Chile, por esos días capital de un imperio.

Por alguna razón misteriosa el viejo recordó, viendo el damero de lino, que en ajedrez el gambito de Atahualpa es sin duda una de las más extravagantes y absurdas jugadas de oposición al peón de rey blanco que

se puedan imaginar, y equivale según los expertos a jugar un gambito de rey con dos tiempos menos. Algunos lo han llamado también el Gambito de los Imbéciles.

Se caló luego los anteojos y examinó junto al lino blanco la inmensa tela pintada por Luis Montero como quien intenta mensurar las cuadras de un plantío de maíz. Conocía la movida de Atahualpa por haberla leído en una crónica perdida que narraba la afición que había cogido el Inca por este juego durante su cautiverio en Cajamarca. Sorbió el viejo un trago de su brebaje lechoso y abrió el libro de Guillermo H. Prescott, *Historia de la conquista del Perú*, de 1847, en el lugar marcado con una hoja de encina recogida en un parque de Jahuel. Leyó ahí:

El cuerpo del Inca permaneció en el sitio de la ejecución toda la noche. A la mañana siguiente fue trasladado a la iglesia de San Francisco, donde se celebraron sus exequias con gran solemnidad. Pizarro y los principales caballeros asistieron de luto, y las tropas escucharon con devota atención el oficio de difuntos que celebró el padre Valverde. Interrumpieron la ceremonia gritos y sollozos que se oyeron a las puertas de la iglesia, las cuales, abriéndose de repente, dieron entrada a un gran número de indias esposas y hermanas del difunto, que, invadiendo la

gran nave, rodearon el cuerpo, diciendo que no era aquel el modo de celebrar los funerales de un Inca, y declararon su intención de sacrificarse sobre su tumba y acompañarle al país de los espíritus. Los circunstantes, ofendidos de este loco proceder, manifestaron a las invasoras que Atahualpa había muerto cristiano, y que el Dios de los cristianos aborrecía tales sacrificios. Después las intimaron a que se saliesen de la iglesia, y muchas de ellas, al retirarse, se suicidaron con la vana esperanza de acompañar a su amado señor en las brillantes mansiones del Sol.

Ahí estaba la inmensa tela de 350 por 430 centímetros, donde aparecían más de treintaitrés figuras, y donde el único que presentaba rasgos indígenas era el cuerpo yacente, pintado por Montero en Florencia entre 1865 y 1867. A su lado, otra gran tela de lino blanco ya muerta por una lechada de cal y prolijamente cuadrículada, donde el viejo bebedor de absenta deberá copiar *Los funerales de Atahualpa* en un plazo estrecho, quizá demasiado para dejarla aceptablemente similar. Se quitó los anteojos y, pensativo, se pasó el pulgar por el puente de la nariz. Tomó del escritorio una lupa y se aproximó al cuadro del peruano cerrando un ojo. Miró el cadáver pulgada a pulgada y fue recitando de memoria esa vieja crónica:

Y llamó entonces Ataulica a su capitán, y le dijo que llamase a Hernando Pizarro, que era el hermano del conquistador Francisco, que quería verlo antes de su partida. Y Hernando al verle le dijo que debía partir la mañana siguiente. Como Ataulica insistiese en jugar otra partida de axedrés, pues era muy de su gusto, Hernando replicóle que ganaría de nuevo como en anteriores ocasiones lo avía echo.

Todo esto lo avlaban a través de la lengua y de algunas palabras que Ataulica avía aprendido con él, pues le tenía en gran estima. Entonces Ataulica le dijo que si le avía vencido la primera vez, fue porque en temprano el juego le avía cogido la reyna, estando él enfermo cuando creían que iba a morir como su padre, y que con cada partida era más fuerte como los Yngas, que volvían a reynar cada 1000 años. Consintió Hernando en jugar y sentóse frente a Ataulica, pues era de los pocos a quienes el Ynga permitía estar así frente a él.

Y como fuese ganando en un principio Ataulica, sorprendiose y díjole que le daba gran sorpresa el ver que dejase atrás sus obispos, y Pizarro le dijo que los guardaba para luego. Y así pasó la noche y fue la partida más larga que jugaron en todo el tiempo en que Ataulica estuvo prisionero, pero al llegar el alva Pizarro había echo que las piezas de Ataulica jugaran

en su contra, y sus caballos avían avanzado asta muy cerca del rey, al que solo le quedaban en defensa los curacas, que así llamaba Ataulica a sus peones.

Llegaron entonces a avisar a Pizarro que era la ora, que debían partir, y en eso tiró Ataulica su rey, y le dijo a Pizarro que le avía echo todo el juego con sus caballos, pero al final le avía matado con un alfil. Y tubo gran pena y tristeza en su corazón el Ynga y lloró y le dijo que no se fuera, que le avían de matar pues él se iba, y Pizarro le dijo que no temiera, que le daba su palabra que viviría, y tomando el rey que Ataulica avía tirado se fue.

Como volviendo de un sueño, repentinamente el viejo bebedor de absenta se sobresaltó al escuchar a sus espaldas la voz pastosa del Sonámbulo Clavero, farfullando los párrafos de un descuajeringado libro que traía abierto entre las manos:

Como explica Laurie Waters, la pintura *Los funerales de Atahualpa*, por el famoso pintor peruano Montero, exhibe muchos atributos del estilo que en su libro *Visión, raza y modernidad* llama «Inca Operática». Esto significa que los artistas no mostraban la raza de los indios por efectos exteriores como el color de la piel, rasgos étnicos, vestiduras indígenas,

o costumbres nativas. Los indios aparecían como europeos en todos los aspectos. La pintura está dividida en dos partes iguales: la izquierda exhibe un estilo romántico, con mucha emoción, movimiento y figuras arremolinadas; en este lado aparecen las figuras indígenas, con la excepción notable de Atahualpa, pero también en este lado hay aspectos del estilo clásico. Y aunque las mujeres son indígenas, aparecen como mujeres italianas vestidas con túnicas, la piel blanca y el rostro con rasgos europeos. Las mujeres incas en esta pintura encarnan el mito de las princesas del sol. En contraste el lado derecho es muy austero, con figuras verticales reflejadas en las formas inanimadas de las velas, las armas, las banderas y las columnas. Las expresiones son graves, las facciones europeas. Este ambiente de calma comporta la razón y el orden del Estado frente a una supuesta pasión e incapacidad de pensamiento de los indígenas, de acuerdo a las ideas del momento. Es significativo que la única persona que no tiene rasgos europeos es Atahualpa, moreno, étnicamente amerindio y con ropajes quechuas. Lleva el tocado tradicional de los reyes incas, además de la pluma y la borla roja. También luce grandes pendientes de oro. Otro hecho interesante es que Atahualpa está encadenado a la cama en una de sus muñecas. En la

pintura hay una tensión entre dos puntos de vista sobre Atahualpa como un rey venerado, al que algunas mujeres lloran y al cual ciertos nobles indígenas rodean en su cama de muerte, y como un hombre étnicamente inferior, prisionero y de cara oscura. Esto me sorprendió. Pensé que el estilo de la Inca Operática no había durado hasta los años 1850.

El viejo bebedor de absenta se acomodó sobre los hombros el chal de vicuña apolillada. El profesor Abelardo Núñez, jefe de los servicios de inteligencia chilenos, había corrido al Sonámbulo Clavero de la organización hacía más de un año, basándose según decían en una contundente lista de acusaciones, entre las cuales con suerte sólo faltaba el cargo de zoofilia. El general Patricio Javier de los Dolores Lynch Solo de Zaldívar, alias El Príncipe Rojo, no había movido un putito dedo para defenderlo. Eso lo sabía tan claramente el viejo bebedor de ajeno como recordaba que no lo habían escogido a él para realizar esta misión confidencial de copista tanto por su talento, que estaba hartamente mermado, cuanto como por su condición terminal y marginada ya del mundo de los vivos. Seguro que habían pensado primero en Lira, ese viejo imbécil. Lo que al astroso copista le parecía una sonriente paradoja era que el autor del original pintado en Milán, Luis Montero, hubiese recibido sus primeras

clases de dibujo y pintura durante 1837 en una cárcel peruana por parte del francés Robert Tille, condenado por falsificación de monedas. Pensarían también quizá encomendarle la tarea a Cosme San Martín, seguro; pero nadie podía confiar en el gahnápiro ese, no señor. Bebió otro sorbo de su copa tallada, mientras recorría uno a uno los personajes retratados en la escena operática y manierista. Todos lucían como europeos, sí. Como si representaran papeles. Salvo el difunto Atahualpa.

No era un misterio para nuestro crepuscular personaje que Ricardo Palma había intercedido ante el presidente chileno Domingo Santa María, el del aliento sulfuroso, para que el gran lienzo fuese devuelto al Perú. Pero había alguien que lo codiciaba como sólo sabe codiciar un chileno rico, y estaba llano a pagar lo que fuese por devolver una copia fiel y conservar consigo el elogiado original pintado por Montero. Esto es algo que pocos saben y que, en verdad, muy pocos debieran saber. El copista había leído incluso la carta de Eulogio Altamirano al presidente Santa María, fechada en diciembre 22 de 1882:

Querido amigo:

Le incluyo una lista de lo que trae el Amazonas en materia de obras de arte. No insista en meterlas en

una bodega, aprovechemos de ellas para hermosear nuestros paseos ya que están aquí.

Como se verá, desde el cajón NC 52 con que comienza la serie hasta el 136 contienen la escala de mármol que según Patricio es magnífica i que el querría se pusiera en La Moneda, en reemplazo de la muy fea que conduce a las habitaciones del presidente, o bien se puede aprovechar en la biblioteca, o bien se puede aprovechar para su misma Casa Hache en Valparaíso –Recordará V. que la escala que tiene es muy fea. En fin, V. resuelva.

Lynch me dice: «Habría mandado muchos otros objetos de bronce, pero después de las órdenes que recibí del ministerio para levantar monumentos, estatuas, rejas de jardines, ferrocarriles i ahora se me dice que no mande ni las estatuas ni jarrones que estaban ocultos en una bodega. Ya estaban embaladas i hecho los gastos se cubrirán con el producto del remate que haré aun cuando se venderán a vil precio».

¿No habría sido mejor traerlas que venderlas por nada?

Don Rafael Cruz me dice: «13 cajones desde 273 a 305, i que todos ellos llevan en la tapa la palabra “Talca”, llevan estatuas de fierro i pedestales que le he pedido al presidente me permita obsequiar a

Talca. Si el Presidente no se opone, espero que V. los remitirá al lugar de su destino».

Dígame V. lo que debo hacer.

El mismo don Rafael Cruz me dice en una post data: «El Neptuno va a granel. Se lo recomiendo porque es bonito». Boi a verlo i si es bueno lo coloco en la plaza del orden, como ya le dije. Desde el número 137 que contiene una hermosa estatua de Venus hasta el 149 van siete grandes estatuas.

Espero, pues, que V. me permitirá tomar seis de las mas pequeñas comprendidas entre los números 180 a 189 para adornar la plaza de la Victoria. Estando nosotros en la puerta no podemos dejar de sacar coima. I después lo que aquí se elija se coloca en el acto, i se aplaude i se celebra i lo que va a Santiago se pierde.

¿Qué habrán hecho con la Eva i que harán ahora con la Venus que va?

Autoríceme pues, para tomar algo i cuando V. venga le gustará encontrarlo todo arreglado i bonito.

Hoy vienen de Santiago cuatro estatuas para Copiapó, pero si no me autorizan para hacer el gasto del envío no puedo mandarlas.

Suyo [ilegible],

Altamirano

Numero i cantidad de los cajones con obras de Artes que se remiten a Chile por el Amazonas: total, 220 cajones.

La copia imposible

Del viejo bebedor de absenta se decía que había contado hasta infinito dos veces y que fumaba bajo el agua. Lo cierto es que a pesar de su aspecto ruinoso, aquel viejo trasuntaba un aire de fiereza y peligrosidad que ni sus arrugas ni su mirada pantanosa, ni lo desaliñado y sucio de su atuendo lograban limar. El viejo daba miedo.

La gran sala olía a meado de gato y a sebo y a trementina y a encierro y a ropa sucia. Una lucerna robaba un par de rayos a la luz cenicienta del cielo del atardecer de Santiago, el resto del espacio se malrellenaba en manchas con un par de lámparas de queroseno que humeaban. ¿Una mujer en la casa? ¿Y para qué? ¿Para obligarla todo el día a cocinar soserías, luego sentir cada noche en la cama el zumbido de un deseo trémulo y grasoso? El viejo bebedor pasaba largamente de esa y otras presencias ingratas. El vaso siempre a mano con su líquido louche, como dicen los franceses, solventaba todas sus ya bien menguadas necesidades domésticas, sentimentales y metafísicas. La botella, el jarro de agua fría, el colador y el terrón de azúcar habían conseguido

repletar todo ese inmenso microcosmos que otros se afanan en amoblar con hijos, nietos, repulsivos rituales domésticos, con la machista imagen de esposas jamonas que bordan e incluso con esa ridiculez que llaman la tranquilidad del hogar; el hogar de un artífice al que se le había hecho una encomienda que a todas luces nunca podría realizar.

Rastreando largamente dimos a comienzo de 2014 con el intento de copia –o más bien con un fragmento de ella–, que se encontraba en consignación en el local 19 del llamado Caracol de los Pájaros, un conocido mercado de antigüedades ubicado en avenida Providencia 2348 de Santiago de Chile. Se la ofertaba allí a los coleccionistas bajo el equívoco rótulo de pieza colonial cuzqueña de gran formato, por la suma de veinticuatro mil dólares. ¿De dónde venía? ¿Cómo había llegado allí?

Del mismo barro

La mirada del Príncipe Rojo, iracunda, revoloteó y volvió cuando su ordenanza le avisó de un periodista del *New York Herald*, que estaba citado a esa hora del día 7 de septiembre de 1883, se había hecho presente en palacio. La entrevista se realiza en el cuarto particular de recibo de Patricio Lynch, un cuarto con tapicería de color oscuro y tomando vista sobre la calle del palacio, que conduce de la plaza al antiguo puente de piedra construido sobre el Rímac. Esto era parte de los departamentos que ocupaban los Presidentes del Perú, y de donde el mariconazo de Pierola huyó con tanta prisa como pudo después de la batalla de Miraflores.

Tras conocer a Patricio Lynch, el corresponsal norteamericano lo describió de la siguiente manera:

A pesar de tener más de sesenta años el almirante, tiene un semblante tan elástico, una cara tan poco arrugada y gastada, y maneras tan poco afectadas que es imposible atribuirle su edad ni con quince años de diferencia. Su cabello corto y negro no

está todavía mezclado con canas, ni tampoco su tupido y recortado bigote, y sus negros ojos son tan vivos como en la juventud. La elegancia de su figura produce una impresión que hace creérsele más alto de lo que en realidad es. Lo encontré esa mañana llevando el uniforme de la marina chilena (que se asemeja al nuestro) y sentado delante de su escritorio. Preparando su cigarrillo y moviendo un montón de documentos que cubría la mesa, dirigió su atención hacia el borrador de una carta que en el vapor pasado había dirigido al señor don Joaquín Godoy, ministro de Chile en Washington, relativo a la batalla de Huamachuco y sus probables consecuencias políticas.

Habiéndole preguntado al almirante cuál era su opinión sobre el poder de recuperación del Perú, me contestó:

—La condición actual del país no es ciertamente de prosperidad. Pero, considerando el grado y la duración de su desorden político interna, que su capital y sus puertos han sido ocupados militarmente por más de dos años y medio, su comercio y su industria se han sostenido admirablemente. Esto es debido sin duda y en gran parte al fuerte elemento extranjero en el Perú, y me atrevo a decir también a lo correcto de la administración chilena.

—Pero, señor almirante, evidentemente hay muchas contribuciones introducidas por las autoridades chilenas de las que se quejan los peruanos.

—A primera vista las fuertes contribuciones que han sido colectadas, así como los cupos que han sido exigidos, en ciertos círculos pueden ser considerados, lo confieso, crueles o injustos. Hay que tener presente, sin embargo, que tuvimos un doble objetivo: primero, obligar a los peruanos a que vuelvan en sí y que traten sobre la paz de un modo serio; segundo, ayudar a nuestros fuertes gastos y evitarnos la necesidad de aumentar después nuestros reclamos en los futuros arreglos con el Perú. Nuestro objetivo ha sido siempre una pronta paz, en las condiciones más suaves que correspondan a nuestras victorias y sacrificios.

—No obstante —observé yo—, Lima cayó en poder de Chile el 17 de enero de 1881. Hoy estamos a 13 de agosto de 1883.

—La triste condición financiera del Perú, su incumplimiento de contratos con sus acreedores mucho antes de la guerra y su consiguiente descrédito hacían que todo proyecto de indemnización a Chile que no fuera basado sobre una cesión de territorio fuera sino palabras vanas. Por consiguiente, mientras el Perú declaraba que no estipularía una cesión

de territorio, tal declaración cerraba prácticamente la única salida posible para un arreglo: incluía el abandono de toda idea de paz.

El almirante añadió:

–Chile, en las condiciones que exigíamos, no hacía más que seguir los antecedentes de los Estados Unidos en sus arreglos con México hace treinticinco años. Además del antecedente más reciente, el de Alemania respecto a Francia.

–Señor almirante, permítame: ¿el importe de lo que se saca del Perú acaso no excede los gastos que exige la ocupación militar?

–No, no excede –contestó–. Sé que se dice que el Tesoro Chileno reporta ventajas pecuniarias de la ocupación, pero puedo asegurar que eso es un error, y que si se toma en consideración todos los gastos que la ocupación impone se verá que dicho Tesoro aumenta sus pérdidas con cada día de ocupación.

El almirante continuó con mucho énfasis:

–Al fin un valiente militar y un patriota bien intencionado, el general Iglesias, se ha presentado para redimir a su país. Le damos toda clase de auxilios: le damos dinero y armas, derrotamos a sus enemigos y le damos prestigio. ¿Con qué objeto? Para que pueda venir la paz. Hemos evacuado el norte del Perú. Hemos dado al gobierno de Iglesias

la valiosa aduana de Saladeril, en el puerto de Trujillo, y sólo por razones de humanidad no evacuamos a nuestras tropas de otros muchos lugares, porque entonces las poblaciones quedarían saqueadas sin piedad por merodeadores locales.

Aquí el almirante encendió otro cigarro.

—Si no es inapropiado hacer una observación personal, le diré que nunca he traspasado los límites de lo que me obligaba un deber doloroso pero ineludible. Y nunca he olvidado que no soy únicamente soldado chileno, sino que yo, como el enemigo, somos del mismo barro.

El taller del bebedor de ajeno

En su taller de la calle de Merced el viejo bebedor de absenta sigue auscultando minuciosamente con su lupa el inmenso cuadro. Con excepción del monarca, exanguie en su litera con ropajes ajustados al atavío inca y aherrado con grilletes a su lecho mortuario, las mujeres que plañen con desesperación son modelos latinas con atuendos latinos tomadas de la pintura en boga del siglo XVI. También las columnas, de forzada hechura y contrastadas con los muros de clásicas hornacinas trapecoidales incásicas, son producto de una imaginación y una composición venidas en socorro. Destacan otros aspectos, sin embargo: soberbio el porte de Pizarro, caballero de larga y canosa barba que acusa la gravedad del momento vestido de oscuro, sombrero en mano; mientras, activos y expresivos los tonsurados dominicos rezan el responso; tan elocuente es el gesto del prior Valverde, que trata de convencer a una aflictiva concubina, como enérgico el de los alabarderos para contener el tumulto que pugna por llegar al catafalco. He ahí una auténtica opereta, con Palemón Tinajeros como

modelo de rostro para el inca muerto. El viejo había conocido a Tinajeros y comprendió de inmediato que el dibujante arequipeño ya era difunto en Italia cuando le sirvió de modelo a Montero. El rictus, el rigor mortis ese –sí, ese– no puede ser simulado ni por Holbein ni por la madre que lo parió.

A esa hora, como cada anochecer, lo visitaba el deán de la catedral de Santiago, cuyos pasos ligeros ya se oían junto al arrastrar de pies del Rumbita, su doméstico, que lo acompañaba por el corredor de las hortensias.

–¿Supiste que ya los libros de la Biblioteca de Lima se repartieron entre el Laboratorio de Física del Instituto Nacional, el Museo Anatómico de la Universidad de Chile, el Museo Nacional, la Oficina Hidrográfica, la Oficina Meteorológica, la Biblioteca de Física de la Universidad de Chile y la Biblioteca Nacional? –preguntó el cura, con un retintín de sorna–. Hasta los mejores animales del zoológico peruano llegaron en el transporte Amazonas.

El deán se interrumpió para pellizcar una pulgarada de rapé de una cajilla de marfil, el mismo que tomó por la nariz con un sorbido desmesurado; un sonido raro que mal escondía orgullo o satisfacción en aquella voracidad de sus fosas.

–Me cuentan que Domeyko está molesto –prosiguió–, y que en público habría lamentado profundamente que se

le encomendara clasificar el botín arrebatado a la biblioteca, los museos y otros lugares limeños. Dijo que esa misión era de lo más desagradable y antipática, pues le recordaba lo que habían hecho los rusos con muchas bibliotecas y colecciones de la Universidad de Vilna.

El cura no miró al viejo bebedor de ajeno mientras hablaba, sólo procedía a sentarse junto al brasero en una pequeña silla matera.

—Pero José Toribio anda hecho unas pascuas —retrucó luego de una pensativa pausa, durante la cual la cara se le ocultó entre las sombras manchadas por los quinqués que salpicaban por aquí y por allá el taller con su luz de similar, igual que ojos de aceite en una ciénaga.

—Tan campante va por la vida el buen José Toribio que me regaló este incunable de Joaquín de Fiore, con su intrincada doctrina milenarista, donde bien sabes que pretende mostrar cuán profundamente atados están la revelación de la Trinidad y los aconteceres humanos.

El clérigo sacó de entre sus tapados de sederías y paños y pellones un pequeño libro de cuero, pero el viejo copista pareció no escuchar al tonsurado. Su mente vagaba en preocupaciones harto mayores que el regreso del Mesías en Gloria y Majestad y otras paparruchas teologales, lo que no le impidió disparar de golpe:

—¿Sabías que al finalizar la guerra entre cuatro mil y cinco mil chinos quedaron agujereados en el desierto?

Algunos culíes marcharon a trabajar en las espantosas salitreras de Iquique y Antofagasta, donde fueron relegados por la población chilena a la condición de seres invisibles. Otros más fueron entregados por ese pro-hombre de Estanislao del Canto a las haciendas costeñas de donde procedían. Los hacendados peruanos pagaron a Lynch gruesas sumas de dinero, para su ya abultado bolsillo, por la mano de obra recuperada. Linda libertad la de ese engendro de ramera en fraile, lacayo de los ingleses. He dicho, señor deán de la catedral de Santiago, con todo respeto.

Molesto seguramente por el vuelco de la conversación y por la total indiferencia del viejo bebedor de absenta ante su botín personal, el cura miró el extraño artilugio que ocupaba, como gran araña provista de un ojo ciclópeo, el centro de la sala, y se lanzó en una encendida prédica, digna de una causa algo más noble:

—Creo que fue a partir de los hermanos Van Dyck, devotos de ese perro de Martín Putero, que la pintura se hizo más realista. Qué te voy a decir a ti. Ese realismo no es más que la consecuencia del uso de lentes para proyectar imágenes sobre la superficie que se quería plasmar. Muchos pintores pintaban los cuerpos por separado de las cabezas, y eso les llevaba a cometer groseros errores de proporción, cosas así de ridículas. Si tras el cristal hay una pared marrón oscuro, las imá-

genes que en él se reflejan serán muy nítidas; si, por el contrario, tras el cristal hay una pared blanca, las imágenes reflejadas no tendrán tanta nitidez. Ya sabes: de ahí viene la necesidad de pintar sobre lienzos y tablas imprimidas en marrón oscuro. Las imágenes vistas a través de una lente son más nítidas. ¿Cómo demonios vas a copiar con esa porquería algo que ya fue pintado? ¿No te aburres del truco barato aquel de lentillas y zarrandajas ópticas?

El viejo bebió un sorbo de absenta y se quedó mirando al deán sin verlo. Tras la sombra escurridiza del prelado entrevió avances de tropas que se entrechocaban, jaurías de perros devorando cadáveres en el desierto, curas repartiendo escapularios, incendios de palacios virreinales y puertas labradas que cedían al golpe de los arietes. Vio carretadas de estatuas y candeleros de plata y de imaginería colonial y de muebles taraceados y de relicarios y de arcones y de vírgenes y de santos de las más diversas raleas, de las más variopintas clientelas milagreras.

–Si quieres saber de milenarismo lee a Lacunza –re-sopló el copista, antes de terminar el contenido de su vaso de cristal checoslovaco y chascando la lengua.

–Dicen que el homínido que acaba de salir de aquí es un pájaro de cuentas –musitó el deán, con un zumbido de confesionario–. Clavero es un hijo de mala madre

que sólo obedece a sus patrones, los agentes ingleses de Rothschild, y en especial a su espía y testaferro en esta parte del mundo, John Thomas North. Como no recuerdo bien dónde oí esto, debemos mantenerlo en reserva.

En sus palabras había un desagradable retintín de arrogancia, ese vicio que junto al chisme forma la matriz venial, trivial y consustancial a todo soldado del clero de Roma.

—Nunca olvides que también tu adorado Príncipe Rojo —dijo el pintor—, se enroló en febrero del 40 en la Royal Navy por petición del almirante imperialista Ross. Y que participó de unas veinte acciones en la primera guerra del opio, la del 41, por cuya participación llegó a teniente. Los bárbaros del norte lo consideran uno de los suyos. Lynch acompañó a su jefe, el capitán de navío y dizque sir Herbert durante la campaña en China, y participó en casi una docena de combates en Cantón, Amoy, Chusán y Ningpoo. Acuérdate de que cuando comandaba al grupo que tomó Tsinhan escuchó que el jefe chino decía «estamos jodidos», comprendió de inmediato que el interlocutor era chileno y le salvó la vida. Se trataba de Francisco Guerrero, que después de la anécdota volvió a Chile y se incorporó al ejército.

—Tampoco echemos al olvido —acotó el cura— que, según el corresponsal del *New York Herald*, el general Baquedano convirtió el propio Palacio de Gobierno en un inmenso burdel.